

Una Unión Europea de Seguridad y Defensa

El dilema que, de forma cada vez más acuciante, se les plantea a todos los países de Europa es el siguiente: seguir avanzando en la construcción de la Unión Europea y añadir al único piso hasta ahora en pie, el de la unión económica, un segundo piso de seguridad y política exterior propias, o bien continuar cómodamente cobijados bajo el amplio «paraguas» de los Estados Unidos y, por ello mismo, reducidos al papel de países satélites (a mayor o menor distancia del «astro rey»). Porque, como recordó recientemente el presidente Chirac, refiriéndose al nulo papel de Europa en la pasada crisis de Iraq, «la acción diplomática sólo es creíble y eficaz si puede apoyarse en capacidades civiles y militares reales».

La minicumbre de Bruselas

Las divergencias en esta materia entre los miembros de la UE, hasta hace poco larvadas, quedaron plenamente de manifiesto con motivo de la Segunda Guerra del Golfo. Tras la guerra, Alemania, Bélgica, Francia y

Luxemburgo (cuatro de los seis primeros fundadores de la UE) ropusieron el 29 de abril al resto de los socios comunitarios, así como los diez futuros Estados miembros de la UE, constituir una «Unión europea de Seguridad y Defensa», independiente de la OTAN, que pueda comenzar a ser operativa ya a partir del próximo año. La novedad de la declaración era sólo relativa, ya que las medidas concretas que contiene (fuerza de intervención rápida, compra conjunta de armamento, cláusula de solidaridad en caso de ataque terrorista y un la posibilidad de formar un grupo de países que vaya más deprisa en la cooperación militar) en parte eran planes ya existentes.

Esta unidad de operación estaría disponible tanto para la UE como para la OTAN, porque, en palabras de Schröder, «en la Alianza no hay demasiada América, sino poca Europa». Así, pues, el nuevo proyecto de defensa no se concibe en oposición o sustitución de la OTAN. Sin embargo los impulsores del nuevo núcleo militar se declaraban partidarios de un mundo «multipolar» con diferentes centros de poder, que podrían ser EE UU, Europa, China, India o América Latina. Al mismo tiempo, apostaban por mantener las relaciones con EE UU como «una prioridad estratégica fundamental para Europa».

Estas reacciones no tardaron en llegar. Grecia, que actualmente ostenta la presidencia de la UE, declaró por boca de su ministro de Exteriores: «La iniciativa es positiva y mi país participará en ella». Por su parte, su homólogo ruso, al tener noticia del proyecto, lo consideró como «el inicio de un proceso interno de la UE» y subrayó que su país está interesado en colaborar con la UE en seguridad y defensa, además de en política y economía, dentro de un mundo «multipolar» basado en principios democráticos.

Sin embargo el Reino Unido, Italia, España y Portugal se mostraron frontalmente opuestos a dicho proyecto. La postura británica, de estrecha alianza con los EE UU (calificada por algunos como de «caballo de Troya de los EE UU en Europa»), sigue siendo la misma que ha mantenido desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Ya en las vísperas de la reunión de los cuatro de Bruselas, Tony Blair mostró su

oposición al declarar que, si el mundo se divide otra vez en varios centros de poder, éstos se convertirán en rivales.

Por su parte, Ana Palacio, la ministra española de Exteriores, declaró que la dimensión militar de la UE debe servir no de alternativa, sino de complemento de las capacidades de la OTAN y los Estados Unidos: «sería absurdo pretender enfrentarlas» [a la UE y a la OTAN], por lo que calificó la minicumbre de los cuatro en Bruselas de «excluyente», «contraproducente» y de «factor de división en la Unión». Más aún: añadió que «convendría incluir en las misiones de la UE las de prevención de conflictos», punto en el que coincide con los EE UU y se opone a los cuatro, que consideran tales misiones contrarias al Derecho Internacional. Finalmente, al comienzo de la campaña electoral de las municipales, el presidente Aznar aclararía que su alineamiento con los EE UU en la guerra de Irak, que tanto había sorprendido a la opinión, había sido decidido con el fin de obtener la inclusión de *Batasuna* en la lista norteamericana de organizaciones terroristas internacionales.

Por otro lado, el portavoz de la OTAN, Yves Brodeur, declaró que su organización daba la bienvenida al compromiso de reforzar el pilar europeo de la OTAN, asumido por los cuatro líderes de la minicumbre de Bruselas. «Pero –añadió– estamos preocupados por cómo estas capacidades extra serán desplegadas sin recursos extra, y estamos también preocupados por el riesgo de una duplicación innecesaria».

El proyecto de los cuatro de Bruselas fue posteriormente presentado al resto de los socios europeos en la reunión que los ministros de Exteriores mantuvieron el primer fin de semana de mayo en Kastelorizo, pequeña isla griega cercana al litoral turco. Allí, los ministros de Exteriores de los Quince más los diez de la ampliación (estando ausente la española Ana Palacio), se mostraron de acuerdo en que había llegado el momento en que la UE debía dotarse de su propia doctrina de defensa y –antes que nada– de reparar las relaciones transatlánticas seriamente dañadas tras la crisis iraquí, para lo cual era indispensable «hablar con una sola voz», en expresión del ministro

griego Yorgos Papandreu. Javier Solana, alto representante comunitario en estas materias, recibió allí el encargo de redactar un informe con vistas al Consejo Europeo de Salónica de los días 20 y 21 de junio.

Los diez futuros miembros del Este de Europa son casi todos partidarios de una estrecha colaboración con los EE UU, sobre todo en materia de seguridad, lo cual puede ser interpretado como un reflejo muy comprensible que los empuja a huir de unos vecinos (Rusia y Alemania) que recientemente practicaron una política hegemónica de doloroso recuerdo para ellos. Con lo cual refuerzan a la nueva potencia hegemónica. Y tal vez no valoran ni conocen suficientemente la auténtica «conversión» que en este terreno se ha operado entre los europeos.

El pasado de Europa

Precisamente, el pasado del «viejo continente», un pasado de continuas guerras, está en la raíz misma del proyecto de los «padres de Europa»: los Schuman, Monet, Adenauer... y que sigue vivo en la memoria de los actuales políticos europeos. Desde la aparición de los Estados-nación del Renacimiento, la historia de Europa ha sido la historia de unas guerras por la hegemonía en el continente. España, Francia, Inglaterra, Alemania y Rusia ejercieron o pretendieron ejercerla. Incluso las guerras llamadas «de religión» y las que tenían como objetivo —las apoleónicas— exportar la democracia, en realidad perseguían la hegemonía. Hasta que se produjeron las hecatombes bélicas del siglo pasado y sus 70 millones de muertos en Europa. Finalmente, Europa acabó por comprender que había que reemplazar el gobierno hegemónico por el imperio de unas instituciones comunes. El Mercado Común no fue más que un modesto preámbulo. Pero los frutos de paz a los que estamos recogiendo: hoy, —fuera de los Balcanes— resulta totalmente inimaginable una guerra entre Estados europeos.

La experiencia europea se sigue con admiración no disimulada en otros continentes y está sirviendo de modelo ya desde ahora. Los africanos

no tuvieron empacho en llamar «Unión Africana» al nuevo proyecto que pusieron en marcha el año pasado. En América Latina se desea también seguir los pasos de la UE. Y la postura europea de freno a la actitud beligerante de los EE UU y de apoyo a la legalidad internacional en la reciente crisis de Irak, así como en el conflicto palestino-israelí, está acercando la UE a esa sexta parte de la humanidad que constituyen los pueblos islámicos.

Presente y futuro de Europa

Por ello, vista desde Europa, la actual situación de la humanidad suena a «ya conocida». Una vez más, como en tiempos de Carlos V o de Luis XIV, hay una apuesta decidida por la hegemonía –también llamada unilateralismo– con una serie continuada de intervenciones militares de la potencia hegemónica en cuatro de los cinco continentes (Oceanía ya está ganada a su causa). Y EE UU anuncia que la guerra, después de Iraq, continuará en otros escenarios. Más aún: la potencia hegemónica ha dejado bien claro que no acepta la autoridad de las instituciones surgidas de la incipiente comunidad internacional: ni el protocolo de Kyoto para frenar la contaminación medioambiental –de la que EE UU es el principal causante–, ni la Corte Penal Internacional, ni la autoridad de la ONU, piedra angular del Derecho Internacional, creada precisamente (bajo el liderazgo de los mismos EE UU) para evitar –en cuanto sea posible– los conflictos bélicos.

Estas son las dimensiones actuales del dilema ante el que se encuentra la UE: subirse al carro del vencedor, de la potencia mejor armada (su gasto en armamento es el 40% del gasto mundial), lo cual significa, al mismo tiempo, someterse a su hegemonía y aceptar sus métodos, no pocas veces contrarios al Derecho Internacional, o mantenerse autónoma cultivando los valores que la hicieron nacer. A los especialistas en estrategia compete medir las posibles amenazas que pesan actualmente sobre Europa, sin duda inferiores a las que pesaron sobre ella durante la guerra fría y justificaron la creación de la OTAN. Cabe incluso suponer que mantener cierta distancia respecto a los

EE UU puede significar una auténtica prevención —ésta totalmente legal y moral— contra posibles atentados terroristas, atentados que no dejarán de provocar las sucesivas intervenciones militares de la superpotencia y sus aliados.

El argumento de Tony Blair, según el cual un mundo multipolar, con varios centros de poder, lleva necesariamente a la rivalidad y al conflicto, parece más teórico que real. Efectivamente, ésa fue la gran esperanza del «nuevo orden internacional» suscitado por el desplome de la Unión Soviética y la consolidación de los EE UU como única superpotencia. Sin embargo los hechos dicen que, desde entonces, los conflictos se han multiplicado (aunque la CNN no se ocupe de la mayoría de ellos); en particular, el que opone a Israel y los palestinos ha crecido en violencia hasta alcanzar niveles inimaginables. Además, ese argumento teórico supone implícitamente la no existencia o la no relevancia de la «superpotencia legal» universalmente reconocida, que es la ONU, única instancia capacitada para declarar la guerra en legítima defensa.

Incógnitas

Si visto desde la «utopía» de la legalidad y de la construcción de la UE, el nuevo proyecto de seguridad y política exterior parece bastante razonable, resulta, en cambio, más aleatorio desde las dificultades que va de superar su puesta en aplicación. En primer lugar, ¿tiene Europa los medios necesarios para una política exterior propia? O, lo que es lo mismo, ¿tiene la voluntad de llegar a ser una gran potencia en el plano militar? ¿Será capaz de superar las presiones de toda clase que los EE UU han ejercido y seguirán ejerciendo sobre sus miembros para impedir la aparición de una nueva potencia que les haga sombra? (en marzo pasado, el presidente Bush declaraba abiertamente al ministro turco de Exteriores: «¿Existe todavía la UE? ¡La he roto en tres pedazos!»). ¿Conseguirá la UE alcanzar el consenso necesario para avanzar unida en esta nueva etapa de más calado político que se abre ahora? (aunque, por otra parte, no pocos observadores opinan que la

oposición de ciertos gobiernos con escaso apoyo parlamentario, caso de Holanda, Dinamarca o Portugal, o con la oposición mayoritaria de la ciudadanía a secundar los proyectos belicistas norteamericanos, caso de España, está llamada a cambiar próximamente de signo). ¿Cuándo podrá el nuevo proyecto contar con la colaboración del Reino Unido, primera potencia militar europea? (sin embargo el serio correctivo que Blair ha recibido en las últimas elecciones por su sumisión a EE UU en la guerra de Iraq podría significar algún cambio en la política exterior). ¿Se decidirán los socios de la UE a dar un contenido político al euro, convirtiéndolo en moneda de referencia al igual que el dólar?

A las inmediatas, el mayor obstáculo que ha de salvar la Europa de la Seguridad es el coste económico y social de una operación que se plantea precisamente en época de «vacas flacas», en medio de una crisis económica, que está afectando, sobre todo, a las dos locomotoras del proyecto: Francia y Alemania. Por todas partes, se habla de la necesidad de «adelgazar» el sector público y de reducir impuestos, mientras el Estado del Bienestar se tambalea. ¿Estará dispuesta la opinión pública a aceptar un aumento sustancial del gasto militar? También la economía norteamericana da signos preocupantes de debilidad; pero allí el militarismo está haciendo grandes progresos en la opinión, aliado a los sectores industriales más poderosos y, por otra parte, no están atados por proyectos sociales tan ambiciosos como los europeos.

Los dirigentes europeos necesitarán considerables dosis de realismo, de paciencia y de auténtica –no meramente verbal– lealtad a la Unión, para hacer progresar esta nueva etapa del proyecto europeo, que está aguardando su momento desde hace 40 años. ■